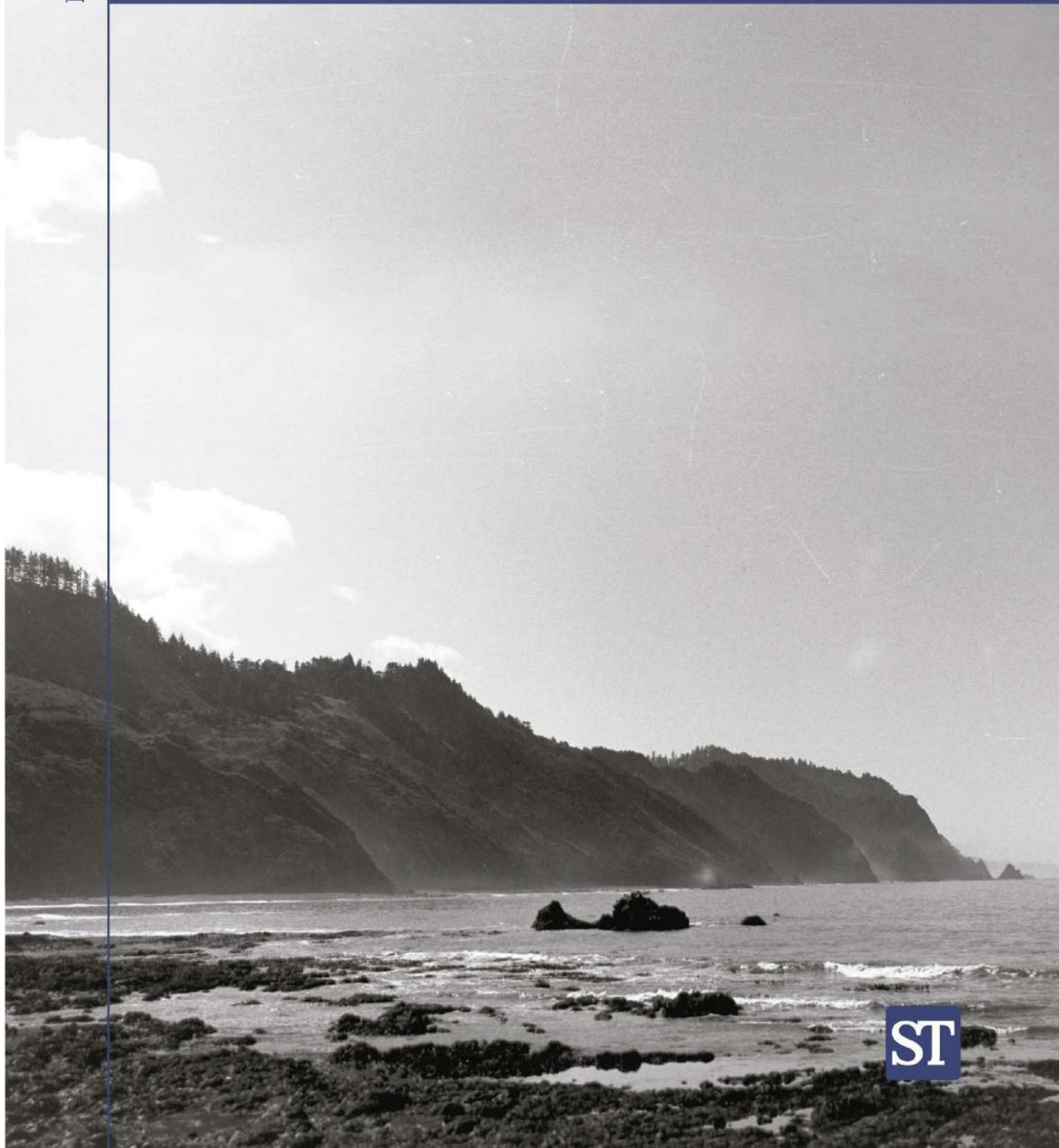


El Pozo de Siquén

# Thomas Merton

## *Encuentros en California (1968)*

*Conferencias y cartas de Redwoods*



ST

Thomas Merton

# ENCUENTROS EN CALIFORNIA (1968)

*Conferencias y cartas de Redwoods*

editadas por David M. Odorisio

Presentación de Kathy DeVico, OCSO

Prefacio de Douglas E. Christie

Traducción de Fernando Beltrán Llavador  
y Francisco Rafael de Pascual, OCSO



CONFERENCIA REGIONAL  
ESPAÑOLA CISTERCIENSE



Título original:  
*Thomas Merton in California:  
The Redwoods Conferences and Letters*

© 2024 by The Merton Legacy Trust

Este libro fue publicado originalmente en lengua inglesa por Liturgical Press,  
Saint John's Abbey, Collegeville, Minnesota 56321, EE. UU., y se publica  
en esta edición con licencia de Liturgical Press. Todos los derechos reservados.

*Traducción:*  
Fernando Beltrán Llavador  
y Francisco Rafael de Pascual, OCSO

© Editorial Sal Terrae, 2024  
Grupo de Comunicación Loyola  
Polígono de Raos, Parcela 14-I  
39600 Maliaño (Cantabria) – España  
Tfno.: +34 944 470 358  
info@gcloyola.com / gcloyola.com

*Imprimatur:*  
✠ Arturo Ros Murgadas  
Obispo de Santander  
28-2-2024

*Diseño de cubierta:*  
Félix Cuadrado Basas (*Sinclair*)

Fotografía de la cubierta de Thomas Merton.  
Usada con autorización de The Merton Legacy Trust y del Centro Thomas Merton  
de la Universidad Bellarmine (Louisville, Kentucky).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra  
(www.conlicencia.com).

Impreso en España. *Printed in Spain*  
ISBN: 978-84-293-3202-5  
Depósito legal: BI-202-2024

*Fotocomposición:*  
Rico Adrados, S. L. – Burgos / [www.ricoadrados.com](http://www.ricoadrados.com)

*Impresión y encuadernación:*  
Ulzama, S. L. – Huarte (Navarra) / [www.ulzama.com](http://www.ulzama.com)

## Índice

<i>Presentación</i> , por FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL, OCSO .....	XI
<i>Prólogo</i> , por KATHY DEVICO, OCSO .....	XVII
<i>Prefacio: Thomas Merton en Redwoods</i> , por DOUGLAS E. CHRISTIE ..	XXI
<i>Introducción: «Los balcones nocturnos de California» – Thomas Merton en la Costa Perdida</i> , por DAVID M. ODORISIO .....	1
<i>Mapa del itinerario de Thomas Merton en California</i> .....	20
<i>De camino con Thomas Merton: el itinerario de California en sus propias palabras</i> .....	21

### PRIMERA PARTE

#### LAS CONFERENCIAS DE REDWOODS

<b>Mayo de 1968</b> .....	29
1. La conciencia moderna .....	31
2. Alienación y <i>mística</i> femenina .....	55
3. <i>Mística</i> femenina, consciencia milenaria y conciencia ecológica .....	67
4. Aspectos psicológicos de la vida religiosa y karma yoga .....	79
5. Los orígenes de la conciencia moderna .....	101
6. La conciencia mística en el yoga y la vida en soledad ...	111
7. Estadios hindúes de la vida y karma yoga .....	139
8. Bhakti yoga y diálogo intermonástico .....	157
9. Introducción al sufismo .....	177
10. Rituales y prácticas de los nativos americanos .....	215
11. Espiritualidad sufi: entrega y misericordia .....	225
12. La interpretación de los sueños, la espiritualidad sufi y la inclusividad religiosa .....	247

<b>Octubre de 1968</b> .....	260
13. Vida en oración .....	261
14. Diálogo de apertura .....	297
15. Oración, libertad y duda .....	303
16. Discusión: zen y no violencia .....	321
17. Discusión: pentecostalismo, poesía y oración .....	337
18. Oración y tiempo .....	347
19. Diálogo final: política y oración .....	369

SEGUNDA PARTE

LAS CARTAS

20. La correspondencia entre Thomas Merton y Myriam Dardenne .....	385
21. Cartas a compañeros monásticos, conocidos y amigos ..	417
<i>Apéndice</i>	
22. Cuatro días con Merton, por GRACIE M. JONES .....	429
<i>Agradecimientos</i> .....	435
<i>Posfacio</i> , por FERNANDO BELTRÁN LLAVADOR .....	437
<i>Permisos</i> .....	441
<i>Índice onomástico y de materias</i> .....	443

## Presentación

Todas las obras de Merton, pero esta de manera destacada, encierran en sí una característica esencial, como una forma *a priori* que no desaparece nunca de su mente y sobre la cual, a partir de un «dato dado» y no fabricado, va levantando su personalidad y su modo de entender la realidad: su propio yo, su identidad cristiana, su papel en la sociedad y el sentido de su propia existencia; elaborando y analizando continuamente, *a posteriori*, desde su capacidad de percibir representaciones, los descubrimientos de su pensamiento y su conocimiento.

Cuando se estudiaba a Immanuel Kant (1724-1804) en los institutos se aprendía que el tiempo y el espacio son formas *a priori* de la sensibilidad externa, a una edad que no permitía elucubrar mucho sobre tales conceptos, solo memorizarlos y, acaso, disponer de un buen profesor que los explicara<sup>1</sup>. Pero con el paso de los años y el peso de saberes y quehaceres, la *experiencia* da acceso a otra cualidad, adicional, *a posteriori*: la capacidad de recibir representaciones. Nuestra *sensibilidad* asume ahora una receptividad que poco a poco nos lleva a mirar, pensándolos y articulando, aquellos primeros datos dados de conocimiento.

Aunque no se trata ahora de dar una clase de filosofía kantiana, la intención es servirnos de ella para acercarnos al contenido de la obra que presentamos, *Encuentros en California (1968)*, el último ciclo de conferencias pronunciadas por el monje trapense antes de su viaje a Asia y su muerte en Bangkok.

Esto sería suficiente para despejar del todo la sensación que algunos pudieran tener de que Merton fue un espíritu inestable, cambiante y emocionalmente «volátil» (como el gas). Lejos de esa primera impresión, estas conferencias, aquí recogidas, y pronunciadas en el monasterio de monjas trapenses de Redwoods, en California, en 1968, ofrecen la imagen de un Merton asentado y con raíces firmes en sus principios y en su forma *a priori* de sensibilidad contemplativa, aunque,

---

<sup>1</sup> Véase el capítulo 5 de Juan SOLI, «Las formas a priori de la sensibilidad», *Kant. El giro copernicano en la filosofía*, El Batiscafo, Madrid 2015, 64-67 y 71-75.

*a posteriori*, vaya modificando y reelaborando su identidad monástica y la percepción de lo que una vocación monástica significa para él en aquellos años, tras haber recorrido un largo camino de búsqueda y sopesado diversas alternativas:

«Así que, vas madurando en la vida en tanto cuestionas a menudo tu vocación seriamente; tiene que ser cuestionada. Tiene que serlo, porque de lo contrario no crece. Podría dejar constancia aquí de que pertenezco al grupo que puede decir que está muy bien, desde cierto punto de vista, quienes creen que habría que estar constantemente volviendo al noviciado a lo largo de toda la vida religiosa, pero eso no puede significar que regreses constantemente a la persona que eras. Puedes volver al mismo tipo de entusiasmo desde una situación diferente, pero no puedes convertirte de nuevo en la persona que eras. No me gustaría, en ninguna circunstancia, ser la persona que fui en Getsemaní en 1942. Si lo fuera, probablemente necesitaría una camisa de fuerza. Nos desarrollamos, y las cosas cambian»<sup>2</sup>.

Para Merton el tiempo es *calidad*, no *cantidad*<sup>3</sup>. De ahí que lo importante no sea acumular una buena cantidad de tiempo activo y provechoso para que la persona pueda sentirse feliz con los logros obtenidos, poseyéndolos en un buen contenedor. Como si el tiempo fuera un capital que se nos entrega para ser administrado, y no lo que es en sí en realidad, otro *a priori* que viene al mundo con nosotros para posibilitar una respuesta conforme al ritmo y orden de la naturaleza, en primer lugar, y, a continuación, para poder llegar a la consciencia de que caminar en el tiempo es encaminarse hacia el sentido mismo de la vida.

En una de sus páginas más logradas, a nuestro juicio, las del último capítulo de *El signo de Jonás*, se narra cómo el monje, el propio Merton, sale al aire libre en la torre de la iglesia y deja el reloj que llevaba y, de repente, descubre que «las cosas del tiempo están en connivencia con la eternidad», y que «la eternidad está en el presente. La eternidad está en la palma de la mano. La eternidad es una semilla de fuego, cuyas

---

<sup>2</sup> Véase, en este volumen, el capítulo 1, «La conciencia moderna».

<sup>3</sup> Véanse la entrada «Tiempo» en William H. SHANNON, Christine M. BOCHEN, y Patrick F. O'CONNELL, *Diccionario de Thomas Merton*, Mensajero, Bilbao 2015, 560; y el mejor estudio de la noción de «tiempo» en los *Diarios* de Merton, por Ramón CAO MARTÍNEZ, «La vivencia del tiempo en los Diarios de Thomas Merton», *Ocultarse en una hoguera. Thomas Merton a través de sus Diarios*, Eurisaces, Ourense 2015, 31-201. En este mismo volumen, véase el capítulo 18, «Oración y tiempo».

imprevisibles raíces rompen las barreras que impiden a mi corazón ser un abismo»<sup>4</sup>.

Todo monje que recorre en silencio el monasterio de su profesión debe reconocer en él, en sus dependencias, en sus sonidos y silencios, no el pulso ni la compulsión del tiempo pasado, sino los latidos vivos y sensibles de su propio *tempo* de vida dedicada a Dios, vida que no es pertenencia propia, sino don inefable de la Divinidad a la criatura, donde se da el beso de la eternidad con la temporalidad personal. Muchos días tendrán sus *visitas* y otros sus *ausencias*; pero el monasterio posee en sí, en su centro, el don de la eternidad y el tiempo fundidos. Para un monje eso es algo que está en su ser, un vestido que lo envuelve más que la cogulla monástica, es el aire del monasterio en que respira.

Como monje cisterciense, Merton sabía muy bien que el reconocimiento de que el tiempo trasciende la cronología es el eje de la liturgia, donde los patrones naturales de renovación estacional se transmutan en *un ciclo de salvación*, allí donde «cada nueva estación renueva un aspecto del gran Misterio de Cristo vivo y presente en su Iglesia».

Merton, sin embargo, no es el clásico monje «litúrgico», para quien la liturgia de las horas desempeña un papel fundamental, aunque deja entrever continuamente un alma transida de un ritmo sagrado. De hecho, en las conferencias de Redwoods nunca se pierde la dimensión pautaada del día y de los intervalos monásticos, y aunque se hable poco de la liturgia de manera explícita (no era el momento), el testimonio final de Gracie Jones solo tiene significado, y no es menor, bajo esa luz.

En estas conferencias, Merton no se limita a recorrer su propio monasterio, a sintetizar su vida y sus conocimientos para ponerlos a disposición de todos. Eso siempre es admirable en un buen autor. Lo que hace, creemos, es un recorrido vital y temporal por situaciones y momentos estelares de la espiritualidad universal, que muestra cómo esta experiencia ha incidido en él y lo ha llevado a poder manifestarse y refractar su luz con una libertad absoluta de pensamiento, a la vez que con sumo respeto y como expresión de gratitud por toda su tradición espiritual y su pasado monástico.

En el año 1968 Merton había cumplido no el tiempo de la madurez, por así decir, sino un *tempo* de plenitud. De modo que no solo son importantes sus ideas, sino cómo se ha ido tejiendo su propia existencia con aquellos elementos *a priori* que le habían sido dados en su existencia, su historia personal y su búsqueda monástica.

---

<sup>4</sup> Thomas MERTON, entrada del 4 de julio de 1952, «Vigilante contra el fuego», *El signo de Jonás (Diarios 1946-1952)*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2012, 391-405, 404.

Merton está, pues, entonces, a punto de emprender un viaje a Asia. No se dispone a ir como un maestro de Occidente cargado de conocimientos y de méritos, que hubiera podido presentar como credenciales; va con el ánimo ingenuo y primordial de «aprender más, aprender de nuevo, abrirse a nuevas dimensiones de la existencia...», como reflejan el *Diario de Asia* y las cartas a sus amigos.

*Encuentros en California (1968)* nos muestra que el bagaje real de Merton en esos momentos no era otro que el de una personalidad «integrada», la de alguien que ha abrazado y está siempre trascendiendo los diversos espacios y tiempos por los que ha discurrido su vida.

Este libro nos permite evaluar la obra entera de Merton no desde su cumbre, como algunos esperarían, sino como si, en sus conferencias, proyectara un haz de luz, la de un faro que ilumina temas que hoy son acuciantes, algunas realidades lacerantes, muchas incertidumbres que generan zozobra, posibilidades creativas insospechadas, criterios de discernimiento ante dilemas personales y globales muy difíciles, y razones para la esperanza incluso en medio de la desesperación; y ello no solo en el ámbito del monacato, de la Iglesia católica y del cristianismo, sino en el de toda la familia humana.

Diríamos que el *tempo* de Merton, ahora como siempre, reproduce el tiempo y el valor humano de sus encuentros únicos entre personas, hombres y mujeres que han hecho del amor su escuela y su oficio, el centro y el corazón de su vida. La exquisita preparación de las conferencias de Redwoods demuestra que Merton se tomaba muy en serio su tarea de compartir su experiencia. Algo así no puede dejar indiferente a nadie, pues, en su intercambio sincero con los participantes, más que defender posiciones, juntos alumbraban disposiciones interiores. Y al poder asomarnos a sus encuentros, en los que intercambiaron inquietudes y vislumbres, reconocemos en su andadura conjunta un precedente vivo de la sinodalidad impulsada por el papa Francisco, de la que la sola lectura de esas páginas ya nos hace partícipes.

No hay que insistir en recomendaciones a los lectores. Él o ella sabrá ir cosechando y espigando las partes que le llamen la atención o le provoquen inquietud. Hay párrafos enteros que, ciertamente, sacuden la conciencia, confirman intuiciones propias, que, en el caso de quien escribe estas líneas de presentación casi lo transportan al lugar y al momento en el que tuvieron lugar esos encuentros, hacen asentir con la cabeza y con el corazón, y sorprenden por la libertad interior que representan.

Son innumerables las ocasiones que dejan ver la hechura humana, la propia excitación de Merton y la conformación (que no siempre conformidad) de su carácter al confrontarse con sus propios interrogantes e

interrogar los cimientos del *statu quo* de su tiempo y de su sociedad y a la vez saberse plenamente afirmado por algo (¡Alguien!) que ha dado, da y es el Sí radical (y *a priori*), incondicional, infinitamente misericordioso, de nuestra existencia, por encima de lo que hagamos, sepamos, digamos, callemos, oremos, intuyamos, merezcamos... y que a la vez espera nuestro sí libre y confiado a su Sí.

Lo que conversa Merton con sus hermanas es todo lo que ha dicho en libros, cartas, sermones y en otras conferencias, y se nota que le falta tiempo para compartir con ellas todo lo que guarda en su corazón, tanto que no le cabe, y que es su deleite y el de sus hermanas. Hay pequeños detalles, muy reveladores, como la invitación a participar en el Instituto de Esalen, donde se «cocinaba» y estaba entonces todo en ebullición: Krishnamurti, las corrientes contraculturales, las psicologías humanistas, la confluencia de artistas e intelectuales de vanguardia... Son cosas que alumbran ese contexto rico, complejo, lleno de posibilidades, contradictorio, y que a la vez se entienden mejor a la luz de un fermento que quería abrirse paso y dar lugar a otra nueva conciencia, una conciencia más allá de la moderna, pero que tampoco se identificaba con la posmodernidad que terminó por emerger.

Finalmente, es un buen libro para leer en retrospectiva aquel 68 de mil novecientos; pero no hay que dudar de que los jóvenes encontrarán aquí fuentes de sabiduría y manantiales de contemplación en medio de un mundo globalizado, plural y, a la vez, fragmentado y dividido que sigue buscando el *kairós* de Dios, una religación con el origen y el final, el latido del mundo acompasado al corazón y tempo de Dios, en quien todo se hace nuevo.

FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL, OCSO  
31 de enero de 2024



## Prólogo

El material de este libro surgió de dos visitas que el padre Thomas Merton hizo a la abadía de Nuestra Señora de Redwoods<sup>1</sup> en 1968. La primera visita tuvo lugar en mayo, cuando Merton habló a la comunidad monástica, a petición de la abadesa, madre Myriam Dardenne, para dar a las hermanas su retiro anual. La segunda visita fue en octubre, justo antes de que Merton volara a Asia, donde iba a dar una conferencia en Bangkok y donde se produjo su muerte prematura. El contexto de esta segunda visita fue una reunión de religiosas y religiosos interesados en la oración contemplativa, y en cómo profundizar en esta forma de oración en particular.

¿Por qué en Redwoods? ¿Cuáles fueron los antecedentes que precedieron a estos dos importantes encuentros en ese monasterio? Para responder a estas preguntas, tenemos que volver a la fundación de la abadía. Redwoods se fundó por etapas; tres grupos de cuatro hermanas cada uno llegaron en diferentes momentos a lo largo de un año por distintos medios de transporte. El primer grupo estaba formado por la abadesa fundadora, la madre Myriam, y otras tres hermanas. Como venían de Bélgica, una cultura europea, querían tener una experiencia, aunque fuera breve, de la vida monástica en los Estados Unidos.

Este primer grupo salió del monasterio de Nuestra Señora de Nazaret el 9 de octubre de 1962, justo cuando comenzaba el Concilio Vaticano II. Viajaron en barco, tomando el Rotterdam desde Holanda hasta la Isla de Ellis, en Nueva York. Visitaron la abadía de Mount Saint Mary, en Wrentham (Massachusetts), la abadía de Saint Joseph, en Spencer (Massachusetts), la abadía de Holy Cross, en Berryville (Virginia) y, por último, la abadía de Getsemaní, en Kentucky. La visita a Getsemaní fue providencial. Una noche cenaron con un monje llamado padre Louis. Al principio no sabían que aquel monje era «Thomas Merton». No obstante, la relación comenzó a partir de este encuentro inicial. Merton estaba fascinado por el misticismo de los Países Bajos, lo que despertó su interés por la nueva fundación. Como muestra su correspondencia, este encuentro durante una comida fue el comienzo de una relación que

---

<sup>1</sup> *Redwoods* debe su nombre a las secuoyas que crecen en esa zona y a las que Thomas Merton se referirá con frecuencia en sus conversaciones en esa abadía [N. de los T.].

creció con el tiempo, especialmente entre la madre Myriam y Merton. En 1968, Getsemaní tenía un nuevo abad, que permitió a Merton asumir varios compromisos fuera del monasterio. Merton aceptó la invitación de la madre Myriam para ir a Redwoods. Las charlas que tuvieron lugar en mayo y octubre fueron grabadas. Se guardaban cintas y cintas de grabaciones en los archivos de Redwoods, intactas hasta este momento. Un amigo del monasterio hizo pasar estas viejas bobinas a discos compactos, y se preocupó de digitalizarlas. En el verano de 2021 se produjo otro encuentro providencial, cuando David Odorisio visitó Redwoods. Inmediatamente quedó claro que David tenía el conocimiento, la profundidad espiritual, la competencia editorial y la sensibilidad para transcribir este material y ponerlo en forma de libro. No tengo sino elogios para David, y confianza en su integridad. Es obvio que tiene una profunda conexión con Merton y su pasión ha sido patente en cada paso del camino. ¿Qué quiero decir? Las conferencias no están escritas. Merton preparaba sus charlas con antelación y contaba con un conjunto voluminoso de notas; sin embargo, el formato de su presentación propiciaba la discusión. Animaba a quienes participaban a interrumpirlo, a preguntarle y a ofrecer sus comentarios durante cada sesión. El punto débil de este enfoque es que a menudo se echa en falta cierta profundidad en los temas de los que habla. Lo que está claro, sin embargo, es que Merton se sentía como en casa con la comunidad. Las risas salpican sus presentaciones y se tiene la sensación palpable de la naturaleza relajada de estas reuniones. Las improvisaciones de Merton revelan su lado humano, que equilibra su profundidad intelectual y teológica. El ambiente relajado también permite a Merton tener una sensación de libertad y ser él mismo sin preocuparse de que sus palabras fueran objeto de críticas ajenas.

Lo que destaca en sus charlas es lo informado que estaba acerca de otras religiones: el sufismo, los rituales de los nativos americanos y el hinduismo, en especial las diversas formas de yoga. El interés de Merton por otras religiones fue profético para el catolicismo, y su viaje a Asia fue el pronunciamiento final de su apertura a otras religiones. En muchos sentidos fue un precursor del diálogo interreligioso monástico. Permaneció claramente enraizado en Cristo. Todo su enfoque teológico y antropológico surgió de su vida en Cristo. Su estudio de estas otras religiones, incluido el budismo, no hizo sino dar mayor hondura a su vida monacal y nos legó una fuente de rica enseñanza religiosa y espiritual. A esto se añade el modo en que la sabiduría y los fundamentos teológicos de estas otras religiones sirvieron para profundizar en su propio cristianismo.

Obviamente, los estudiosos de Merton estarán muy interesados en este material, al ser tan próximo a su muerte. Sin embargo, me gustaría

animar a los lectores que no sean especialistas a que se imaginen a sí mismos formando parte de estas reuniones de retiro, deseosos de escuchar lo que Merton tenía que decir sobre la oración contemplativa y acerca de cómo Dios se manifiesta en nuestra humanidad. El siguiente fragmento del comienzo de sus conferencias, en mayo, sin duda atrae a quien lo lee a este encuentro interactivo de buscadores monásticos y espirituales. Habla de la capacidad de Dios (*capax Dei*) que tiene la persona humana, la de encarnar la vida de Cristo, el horizonte evangélico donde el amor de Dios es fuerza de sanación, transformación y perdón. Esta asombrosa afirmación pone de relieve el objetivo inmediato y la meta final de la vida espiritual:

«Lo fundamental, lo más profundo que el hombre ha encontrado es a sí mismo, su verdadero yo, que está en Dios. Porque al encontrar su verdadero yo, encuentra a Dios. Encuentra la raíz, encuentra su tierra. Y eso es porque el ser humano es un tipo de ser muy peculiar. El hombre es el ser en cuya conciencia se manifiesta Dios. En cierto sentido, el ser humano ha sido delegado por Dios para ser la conciencia de sí en una criatura. El hombre tiene la vocación de ser consciente, como criatura, de hacer tierra en Dios, y de un modo tan íntimo que, cuando confiesa y da testimonio de su arraigo en Dios, es Dios mismo quien lo está confesando y dando testimonio de ello»<sup>2</sup>.

El periodo histórico en el que Merton pronunció estas palabras no es tan diferente de los tiempos en los que hoy nos encontramos. Sirvan estas conferencias en su conjunto para ofrecer esperanza al recordarnos nuestra vocación común y el arraigo último que es encontrar nuestra «tierra en Dios».

SOR KATHY DEVICO, abadesa, OCSO  
Abadía de Nuestra Señora de Redwoods  
Whitethorn, California, 26 de enero de 2023  
Solemnidad de los Fundadores de Cîteaux

---

<sup>2</sup> Por supuesto que Thomas Merton se está expresando en el lenguaje habitual en su tiempo.